



Una sola
NOCHE

Emily Delevigne

Quince años habían pasado desde que Sally Stewart vio por última vez a Phylox Lee, su mejor y único amigo. Sin embargo, cuando vuelve a aparecer por Valley's Moon, poco queda del chico tímido y callado que recibía las palizas de otros estudiantes.

Ahora es todo un hombre, y oculta sus debilidades bajo una apariencia salvaje y sensual. Dueño de una de las cadenas de gimnasios más importantes de Estados Unidos, Phylox regresa con la intención de extender sus negocios... y recuperar a Sally. Para ello está dispuesto a usar todas las estrategias posibles... y a revelar ciertos secretos del pasado si es necesario.

El reencuentro entre ambos hace que salten chispas y que vuelvan antiguos sentimientos, pero Sally no está segura de si puede volver a confiar en Phylox ni si podrá dejar atrás el pasado.

Índice de contenido

Cubierta

Una sola noche

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Laura, Marco, mi sobrino y Melón.

1

DIEZ AÑOS ATRÁS

UNIVERSIDAD DE LA CIUDAD DE NUEVA JERSEY

No podía dejar de mirarla. Era incapaz.

Sus ojos se negaban a despegarse de la pantalla del móvil mientras sus dedos se movían para pasar de una foto a otra. Apenas se centraba en aquellas que mostraban paisajes o succulentos platos de comida. Le importaban una mierda.

No, lo que a él le gustaba ver era el drástico cambio que su mejor amiga, o mejor dicho ex mejor amiga, había sufrido con el transcurso de los años. Poco quedaba de la niña con la que él había vivido los mejores años de su vida, de la única persona que lo había comprendido y apoyado.

Los rasgos de su rostro eran más sensuales y maduros. La inocencia había desaparecido de aquel par de ojos color canela. Aun así, seguía siendo ella. Su Sally, la única razón que lo ataba al pasado y hacía que el remordimiento ardiera en sus entrañas.

Siendo apenas un adolescente, se había marchado de Valley's Moon, Pensilvania, para mudarse al estado de

Nueva Jersey. Su madre había encontrado un buen trabajo como dependienta que posibilitaba que pasara más tiempo junto a su nuevo novio. Phylox no lo conocía, ni quería. Apenas durarían más de un mes.

Así de frágiles eran las relaciones de su madre con otros hombres. Demasiado fría para amar a nadie, demasiado orgullosa como para permanecer sola mucho tiempo.

Phylox pasó a otra foto y suspiró.

Sally sonreía junto a una chica rubia de ojos azules. Ambas llevaban un sombrero de *cowboy*, y parecían pasárselo bastante bien. Desconocía dónde se encontraba, pero debía de ser un centro comercial. Se veían tiendas al fondo y bastante gente pasear por una avenida. Se fijó en los carnosos labios que poseía y en los relucientes dientes blancos que mostraba.

Tan guapa que lo aturdiría.

Y feliz, como si ella no se acordara de él. Como si no fuera más que un lejano recuerdo. O quizá ni siquiera lo fuera.

Phylox apretó los dientes. ¿Qué demonios se esperaba? Él había decidido mantenerse alejado de ella.

Cada dos meses, su madre iba a Pensilvania para echarle un vistazo a la casa. El polvo se acumulaba y los recuerdos se volvían más y más dolorosos. Por eso él no regresaba. El fantasma de su padre lo seguía como una segunda sombra. Le aterraba ir y encontrárselo allí, a pesar de ser imposible, pues estaba muerto.

Phylox contuvo un gruñido al recordar una de las últimas veces que lo vio.

Su perdida y opaca mirada clavada en él, con los labios fruncidos en un rictus amargo mientras fumaba. El pelo se le pegaba al rostro debido al sudor y un intenso olor a alcohol salía despedido de su piel. Siempre perdido en sus pensamientos, alejado de la realidad.

Y de su propio hijo, que había aprendido con el tiempo que captar su atención era misión imposible.

Durante toda su infancia, Phylox había echado en falta una figura paterna. Su madre tampoco se lo había puesto fácil, pues nunca hizo nada por aliviar el acoso que recibía en el colegio. Según ella, eran oportunidades que la vida le ofrecía para fortalecerlo. Repitió algún que otro curso hasta que ese año llegó.

El año que cambió su vida.

Cuando conoció a Sally Stewart.

Phylox pasó las fotos hasta que vio otra de ella, junto a un enorme árbol de navidad. Las miles de lucecitas de colores que decoraban el árbol se reflejaban en su rostro. Su melena castaña estaba recogida en dos trenzas y llevaba un gorro de Papá Noel en la cabeza.

Una involuntaria sonrisa curvó sus labios antes de que un amargo recuerdo llegara hasta él.

En la última visita de su madre a Valley's Moon, y coincidiendo con la época navideña, Sally se le había acercado. Según Odette, preguntó por Phylox, por cómo le iba, y si era posible contactar con él.

Su madre, cuya hostilidad hacia Sally siempre fue palpable, ni siquiera le contestó antes de continuar su camino.

Pobre Sally, siempre preocupándose por los demás y nunca siendo correspondida...

Fue ese momento cuando Phylox se sintió como el mayor gilipollas de todos. Mientras él se dedicaba a espiarla en las redes sociales, él mismo le impedía saber sobre su vida. Fue egoísta, y seguía siéndolo, pero Sally era la única que podía hacerlo volver al pueblo.

Y él no estaba preparado.

No, todavía no.

Necesitaba tiempo. Necesitaba acabar la universidad y cerrar aquel capítulo de su vida.

–¿Todavía sigues ahí? –le preguntó Max, que apareció en la habitación junto a Julie, una chica rubia de ojos azules.

Phylox alzó una ceja antes de encogerse de hombros.

–Ya estoy vestido.

–Hola, Phylox –le saludó Julie con una tímida sonrisa. Llevaba un corto vestido plateado que acentuaba las curvas de su cuerpo.

–Hola –le respondió antes de echar otra ojeada a la foto de Sally.

En un principio, la rubia se mostró interesada en Phylox. Más de una vez había intentado invitarlo a salir, a dar una vuelta o incluso a estudiar juntos. Sin embargo, al percatarse de que Phylox nunca le prestaría atención, había decidido centrarse en Max.

Este, cuyo ego era alimentado por la cantidad de universitarias a las que se tiraba, se dejaba llevar. No le importaba cómo fueran; solo le importaba que estuvieran disponibles y no esperaran mucho de él.

Max suspiró.

–¿Otra vez viendo fotos de esa tal Sally?

–¿Sally? ¿Quién es esa? –preguntó Julie con el ceño fruncido.

Phylox fulminó a su amigo con la mirada. Sabía lo poco que le gustaba compartir su vida personal, sobre todo si tenía que ver con Sally Stewart.

Así de posesivo era con ella, a pesar de no formar parte de su vida.

–Cariño, ¿por qué no me esperas fuera? Dame cinco minutos.

Julie asintió sin estar del todo convencida. Cerró la puerta y desapareció.

Max se sentó en el borde de la cama de Phylox y le arrebató el móvil. Phylox permaneció impasible. Él, y su otro amigo, Joaquín, lo sabían casi todo sobre él.

A veces se arrepentía de haberse abierto tanto, aunque Phylox también conocía sus secretos más oscuros. Aun así, ninguno de los dos era tan patético como para espiar a una chica a través de las redes sociales.

–¿Te la ibas a cascar mientras mirabas sus fotos?

–¡No! –gruñó Phylox antes de arrancarle el móvil. Lo bloqueó para que no pudiese hacer nada—. ¿Has venido a molestarme o quieres algo?

–Vamos a la fiesta de Jina, ¿recuerdas?

–Sí, sí que me acuerdo. –Phylox se levantó de la cama y estiró la mano para meterse la cartera en el bolsillo del pantalón trasero—. Estoy listo.

Se dirigió hacia la puerta cuando notó que Max no se movía del borde de su cama. Lo miró con extrañeza.

–¿Pasa algo?

–¿Por qué sigues espionando a esa chica?

Phylox hizo el mayor de los esfuerzos por no sonrojarse. No pensaba bajo ningún concepto tocar ese tema. Además, ni siquiera él estaba seguro de cuál sería la respuesta.

–Levántate, nos vamos.

–Hay muchísimas mujeres que se mueren de ganas por follar contigo.

–Y follo con ellas –fue la escueta respuesta de Phylox.

–Pero todas se parecen a esa tal Sally. Si tanto te gusta, ¿por qué no hablas con ella? ¿Tiene novio?

–No.

–¿Ves? La espías.

Phylox estuvo a punto de gruñir. ¿Por qué demonios le apetecía tanto hablar aquella noche? De los tres, Joaquín era el más parlanchín. Estaba deseando que llegara y los interrumpiera.

–¿Y a ti qué te importa?

–Me importa porque eres mi amigo, y casi todas las noches te pones a ver sus fotos. –Max se levantó de la ca-

ma—. ¿Quieres que te recuerde esa noche que bebiste y...?

—Cállate —le gruñó antes de abrir la puerta de la habitación—. Sal. Julie te espera.

Max entornó los ojos y perdió parte de la bravuconería que había mostrado al principio.

—Esa chica no me deja en paz.

—Haberlo pensado mejor antes de acostarte con ella.

—¡Está buena!

—Que sepas que en la fiesta de Jina estarán Alice y Stephanie.

Los ojos azules de Max se abrieron por completo antes de negar con la cabeza y retroceder un paso. Phylox contuvo una sonrisa. Su amigo parecía bastante aterrado. Eso le pasaba por acostarse con todas las mujeres que conocía, sin importarles si eran amigas o conocidas entre ellas. Ver la posible situación que se desarrollaría en la fiesta era una de las grandes razones que lo motivaban a asistir.

—¿Por qué no me has avisado antes? Ni de coña voy allí.

—No puedes negarte; Julie está esperándote.

En ese momento, alguien llamó a la puerta de la habitación. Phylox le sostuvo la mirada a Max antes de abrir.

Era Joaquín.

Vio que tenía la camisa blanca manchada de una salsa que olía especialmente fuerte. Unos vaqueros claros complementaban su apariencia y contrastaban con el tono tostado de su piel.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó Max antes de señalarle con la mano.

El aludido se encogió de hombros.

—Venía comiéndome una empanada. Phylox, ¿me dejas una camisa?

—Te va a quedar enorme —señaló Max—. Phylox es el doble que tú.

Phylox suspiró y fue hasta el armario. Cogió la primera camisa que vio y se la tendió.

–Toma.

–Gracias, tío. Tenía muchísima hambre. Y en las fiestas de Jina apenas hay comida. –Mientras se quitaba la camisa manchada y la dejaba a un lado, sus oscuros ojos fueron de uno a otro—. ¿Qué hacéis los dos aquí encerrados?

–Phylox espiaba a esa chica de su pueblo.

–¿Otra vez? –Joaquín negó varias veces con la cabeza—. Phylox, déjala en paz.

–Técnicamente, eso es lo que hago. Ella no lo sabe. –Le guiñó un ojo ante su lógica.

Max soltó una carcajada. Joaquín permaneció serio. Ambos eran opuestos en personalidades. El primero se comportaba como un niño en el cuerpo de un adulto; el segundo meditaba cada una de sus acciones y vigilaba a sus dos compañeros. Se complementaban, aunque Phylox seguía sin saber muy bien en qué parte de la ecuación encajaba él.

–Tiene novio.

–Tenía. Ha borrado las fotos –dijo Phylox antes de ir hasta Max y empujarlo—. Mueve el culo. Te espera Julie.

Un par de horas más tarde, los tres se marcharon de la fiesta de Jina para acercarse a un restaurante de comida rápida.

Joaquín conducía con el brazo sobresaliendo por la ventanilla. El fresco aire nocturno impactaba en sus rostros. Alguna que otra vez le dirigía una burlona mirada a Max, quien no había salido especialmente bien de la fiesta. Cuando Anne y Stephanie lo vieron aparecer junto a Julie, la fiesta se acabó para él. Max se mantuvo alejado

de las tres. Se ocultaba en cualquier esquina o habitación, con un vaso repleto de bebida y el miedo llameando en sus ojos. Iba a ser una de las primeras noches en las que no se follaría a ninguna universitaria.

Phylox había conocido a Marlene, una chica griega de intercambio que le recordaba bastante a Sally. Y por esa misma razón había aceptado verse al día siguiente con ella. Esperaba que sus insinuaciones hubiesen sido suficientes como para que ella supiera que no volverían a verse más que una vez.

Phylox solo buscaba sexo. Y esperaba que ella también.

Max suspiró.

–Vaya mierda de noche.

–Eso te pasa por no pensar con la cabeza –le dijo Joaquín antes de aparcar en uno de los pocos sitios libres que había.

Phylox contuvo una sonrisa.

–Deberías centrarte en mujeres de fuera de la universidad. No se conocen entre ellas y es más fácil.

Tanto Joaquín como Max lo miraron sorprendidos. Este se encogió de hombros antes de quitarse el cinturón de seguridad. A él le había ido bien actuar de esa forma.

–Vamos; me muero de hambre.

–¿Por qué no me lo has dicho antes? –saltó Max al salir del coche.

–Lo he hecho, pero me has ignorado.

–¿Qué demonios os pasa a vosotros dos que huís de las relaciones serias? Yo fui muy feliz cuando salía con Martha.

Los tres se dirigieron hacia el restaurante de comida rápida. Apenas había gente a esas horas de la noche, razón por la cual no habían podido ser muy selectivos a la hora de escoger un sitio donde saciar su apetito. La decoración era simple y escueta: apenas un par de plantas sobre el suelo y fotografías sobre paisajes y lagos.

–Yo soy demasiado joven para tener novia. –Max se estremeció, como si el simple hecho de pensarlo lo atemorizara—. Siempre con la misma tía...

Joaquín achicó los ojos mientras observaba a Max. Phylox supo de inmediato que nada bueno saldría de su boca.

–Yo creo que lo que te aterra es que ninguna quiera estar contigo de verdad.

Max frenó en seco.

–¿A qué te refieres?

Phylox se interpuso entre ambos y los instó a continuar. Los dos permanecían callados, perdidos en sus pensamientos mientras Phylox pedía su comida. Una camarera bastante guapa, Susie, o eso era lo que ponía en una pequeña chapa que colgaba de su pecho, le dio el recibo de su pedido junto con su número de teléfono escrito en la parte de atrás.

Él la miró y alzó una ceja.

Ella se sonrojó.

–Os llevo la comida en cuanto esté preparada.

Max y Joaquín pidieron la suya y se sentaron en la primera mesa libre que encontraron.

Phylox se percató de que sus compañeros ojeaban sus móviles. Él sacó el suyo y vio un mensaje de Marlene, la chica con la que se vería al día siguiente. Decidió responder más tarde. Después de todo, no quería que se hiciera una imagen equivocada de él. Si mostraba más interés del necesario, podía confundir sus intenciones.

Apenas fue consciente cuando sus dedos se movieron sobre la pantalla y vio el perfil de Sally Stewart... en privado.

Maldita sea, ¿por qué lo había cambiado de público a privado? Sus dedos apretaron el móvil hasta volverse blancos. Una súbita rabia lo embargó, y murmuró una maldición en ruso antes de dejar el dispositivo sobre la mesa del restaurante.

Max lo miró con confusión.

–¿Va todo bien? ¿Es tu madre?

–No –gruñó Phylox–. No es nada.

Joaquín jugueteaba con su corto bigote negro mientras sonreía. El muy cabrón debía de conocer la razón que lo había puesto de mal humor.

–Es Sally, ¿a que sí?

Max deslizó su móvil a un lado y alzó una ceja.

–¿Qué demonios tiene que ver Sally en todo esto?

–Si dejaras de ser tan egocéntrico, te habrías percatado de que solo hay una cosa que cabree a Phylox.

–Cállate –le gruñó este.

Max abrió los ojos por completo y asintió. Phylox echó una ojeada a la camarera. ¿Cuánto tiempo tardaría en traer la comida? Lo que menos le apetecía en ese momento era hablar sobre Sally. Su nostalgia se volvía más asfixiante y pesada durante la noche, cuando hasta su mente llegaban los recuerdos de su infancia y parte de su adolescencia.

La imagen de Sally apareció en su cabeza. La había visto muy guapa en la foto junto a la rubia; sonriente, feliz, con la melena larga y unos carnosos labios imposibles de ignorar. Estaba seguro de que serían suaves y esponjosos y sabrían a cerezas; a ella siempre le había gustado ese sabor, y de pequeña solía llevar colonia de cereza. Ofrecía una imagen encantadora y dulce.

A pesar de lo tranquila y sosegada que pudiese parecer en la foto, en su interior se desataba una tormenta.

Una tormenta que arrasaba contra todo aquel que se ponía en su camino.

Porque ella era así: fuerte, decidida y valiente. Nada le asustaba.

Él la conocía. Mejor que nadie. Su carácter era uno de los muchos atributos que la hacían resultar irresistible.

–Déjame adivinar –murmuró Joaquín, retorciéndose el bigote con las yemas de los dedos–. Ha puesto su perfil